

# Simbióticas y organización

DOI: 10.5281/zenodo.3897754

Recuerdo una obra de teatro que he visto en varias ocasiones. En un monólogo, el personaje recuerda las ollas comunes de su infancia, y dice algo como lo siguiente: *era hermoso, es verdad porque lo era, pero debajo de eso hermoso había un enorme quiebre...* Ese quiebre para muchos no ha existido durante años, porque había desaparecido, no era visible. Pero es un quiebre que nuestra sociedad vive diariamente, es profundo e inmoral y hoy un virus —un organismo microscópico, una cosa insignificante por su tamaño— desnuda de la manera más cruda. Quiebre que no nos abandona y que es la razón por la cual la población tiene que salir, infectada o no, a ganarse el pan diario y una casa sin calefacción.

Por otra parte, un hombre de Santiago toma su avioneta y viaja a Pichilemu, ciudad de 13.000 habitantes y capital del Surf chileno, para comprar mariscos frescos. Los matinales de televisión rasgan vestiduras pero no mencionan el nombre de este “desobediente”. Recalco esta palabra porque desde hace meses que vivimos con alegría una insumisión colectiva. Pero aquí tenemos un desobediente completamente diferente. Desobedece porque está por sobre la norma, esta desobediencia no es insumisión, al contrario reconoce que la posición de sumisión no le aplica, no tiene nada de emancipatoria, al contrario, esta desobediencia afirma descarnadamente las relaciones de sumisión de nuestra sociedad, expresa que el sujeto de la avioneta tiene una posición en dichas relaciones que lo eximen, es inmune. Él lo sabe, lo vive día a día.

Quería hablar de estas cosas al presentar este número de la revista. Tengo la convicción de que este tipo de revista tiene pocos lectoras y lectores, y las presentaciones menos aún. Pero es una oportunidad para tomar la palabra y una revista como la nuestra existe para eso. En noviembre de 2019 publicamos un número en plena revuelta social antineoliberal y ahora publicamos

otro en medio de una enorme crisis socio-sanitaria que ha desbordado el sistema de salud, aunque con enormes beneficios económicos para clínicas privadas, entre otros. Miro los artículos de ambos números, los he leído todos, los de noviembre y los de ahora, algunos más de una vez, a algunos les he hecho una serie de comentarios, e incluso con algunos autores y autoras he tomado contacto para dialogar, para preguntar, en fin. Se trata de buenos artículos, no todos son de mi interés directo —eso es imposible—, pero expresen un trabajo serio, sistemático, investigación de buen nivel. Como revista en nuestros once años de vida siempre hemos querido aportar a que estos artículos tengan la mayor circulación y una plataforma lo mejor posible para su divulgación. Honramos el trabajo de las autoras y autores que nos eligen, el número actual recoge el trabajo serio, en algunos casos de muchos años, de investigaciones muy relevantes, presentadas muchas de ellas a nuestra revista antes incluso que estos contextos se hicieran efectivos o visibles. Es lógico, somos académicos y nuestra actividad académica trae el trabajo arrastrado de otros días. Quizás algunos textos que hablen sobre hoy aparecerán en un tiempo más. Y es de hecho lo más conveniente, a veces la urgencia por estar sobre la ola y significar rápidamente el presente enturbia los análisis. Pero no puedo dejar de pensar que el objeto que hoy más me insiste, me persigue y me hiere es este quiebre y la inexorable ruta de profundización que veremos en el próximo tiempo. Quienes nos dedicamos a esto lo sabemos, no elegimos los problemas que nos interesan, al menos no del todo, en cierto sentido tomamos el problema que nos persigue o el que nos cae encima como cae un techo cuando se derrumba. La actividad filosófica es también una cuestión de sensibilidad y de acontecimientos.

La olla común es para mí la paradoja de la vida en Chile. Hay quienes nunca la han visto y nunca la verán, para ellos es un espejismo, como el hacinamiento, el salario mínimo, pedir hora en el consultorio. Es una cuestión de supervivencia, y es triste, pero se carga de convivencia; porque alejar la tristeza también es parte de sobrevivir. Como en la revuelta, hay rabia y alegría. Los meses de invierno serán grises y a quienes lleguemos a la primavera no nos será fácil sacarnos la tristeza, ni la rabia -hay quienes no lo ven-, y octubre trae el plebiscito, y también se estrenan las nuevas leyes

contra las manifestaciones, el endurecimiento de la represión, las leyes de inteligencia -qué nombre más detestable.

Por mientras se enferma un vecino, un familiar, cae uno, cae otro. El hambre mata al igual que el virus —a veces mata peor. Se suspenden los salarios, pero se estrenan flamantes buques y 24 mil millones van a la banca privada, los subsidios de emergencia se establecen en el mínimo posible; pero para paliar la crisis se compran cajas de alimentos al supermercado de uno de los chilenos que aparece en el ranking Forbes de los más ricos. A éste le ingresan un poco más de dos millones de dólares. El precio de un paciente COVID que pasó por UCI anda en clínica privada entre los 22 mil y los 37 mil dólares. Otro amasa una fortuna, mientras muchos patean el hambre y el frío.

Por otra parte muchas cosas anuncian una fuerte recomposición del autoritarismo, por supuesto no sólo en Chile. Pero en Chile la pandemia acapara los medios y silencia la preparación legal para la más violenta represión. Ley antibarricada, antipegatina, más guanacos, nueva ley de inteligencia. El más particular de todos, el proyecto de ley que busca modificar la facultad del Ministerio Público para aceptar la competencia de la Corte Penal Internacional y traspasar esta facultad al Ministerio de relaciones exteriores, es decir desde un organismo independiente del poder ejecutivo a un Ministerio Político elegido por el ejecutivo. Habrá que custodiar los derechos humanos y el control, en sociedades que cada vez menos se pueden llamar democráticas. No sólo en Chile, pero en Chile los mínimos democráticos se perdieron hace rato con el asesinato de Catrillanca. La ley se respeta a veces. Hay quienes quiebran la ley porque están bajo ella y hay quienes la quiebran porque están sobre ella. Será difícil hacer la crónica de nuestro tiempo, un tiempo acelerado, parece que hubiésemos estado viviendo el desborde de una represa en cámara lenta hasta que la velocidad retoma su tiempo y los acontecimientos se precipitan, inmanejables. Más que acelerado incluso parece un tiempo que se ha comprimido poco a poco, juntando acontecimientos y de pronto se descomprime, como una cápsula de aire comprimido. Viene la crisis económica y una nueva normalidad peor que la normalidad anterior que era pésima. Viene la nueva constitución y la capacidad de imaginar una sociedad, un Estado nuevo ¿Qué prevalecerá la

ruina o una construcción nueva? Yo quiero con muchas ganas pensar lo segundo, aunque en estos días me pesa la muerte, el hambre y el frío, no en carne propia, no. Pero me pesa. ¿Y cómo no iba a hacerlo? La descomposición de nuestro neoliberalismo es de tal envergadura que ha perdido incluso la capacidad de administrar el sufrimiento en busca de la cohesión social, no logra administrar nada.

En Europa ya es primavera, parece que la sombra del virus se aleja. En Sudamérica viene el invierno. En Chile, al menos en Santiago, probablemente nos quedan meses de confinamiento y no hemos visto aun las peores imágenes. Pero después de la pandemia viviremos en una sociedad más empobrecida y abusiva en la que las prácticas de explotación laboral implican literalmente arriesgar la vida. Y no tendremos el espejismo de la línea de crédito y del hipotecario, o de la tarjeta del supermercado. Algunos dirán que no saben que existe, que no sabían que en este país la comida de la semana se compra al crédito. Y la rabia, y la movilización se querrá contener con más armamento antidisturbios, nuevas funciones de inteligencia, y en última instancia a punta de palos y balas. Y será difícil juntarse a hablar, sabemos que las redes sociales no sirven mucho para eso, privilegian la farándula, el discurso de odio -el pago de bots de odio ha sido una de las estrategias políticas más rentables de los últimos tiempos-, el hashtag del momento, normalmente miope en su instantaneidad.

En las poblaciones hay casas con globos blancos —algunos no los verán, no sabrán que existen—. Son homenajes a los vecinos que han muerto, es un signo paradójico, un rito mínimo en un tiempo en que despedir a los muertos es difícil. Pero es paradójico también porque son blancos y porque los globos se usan para la fiesta, aunque estos globos no se arrojan a viento.

En Chile necesitamos mirar de frente el quiebre social que arrastramos, la enorme vulnerabilidad de la población, la crisis política. Pienso que nos encontramos en un minuto crucial, en el que lamentablemente el mundo vive un nuevo desarrollo de las ultraderechas, y vemos mucho más que gérmenes de autoritarismo. Por otro lado hay que sumar a lo anterior acontecimientos tan importantes como el desastre ecológico y la crisis postpandemia, en Latinoamérica todo hace prever una década muy oscura,

hay elementos de sobra de una crisis civilizatoria. De modo que es necesario promover una nueva organización de las sociedades humanas que asiente mejor en la biosfera, y al mismo tiempo trate mejor a los propios seres humanos. No es algo que se me haya ocurrido a mí por supuesto o que no se haya pensado o escrito. Hay una enorme biblioteca sobre reorganización de la sociedad, alternativas de desarrollo, alternativas a la misma idea de desarrollo replanteamientos a la democracia y replanteamiento incluso de la idea de democracia. En fin, se ha pensado, pero a pesar de las miles de ideas, el rumbo no parece ser el de construir una alternativa, el curso de los hechos a nivel global nos habla de la voluntad de que nada cambie. De que las elites se mantengan en sus posiciones, de que la distribución de la riqueza no se toque, de que la matriz energética no se toque, en fin de que el modelo no se toque.

De modo que en realidad el problema no es tanto generar nuevas ideas como instalarlas políticamente hablando, construir políticas con ellas. El problema es entonces que la organización política descarta activamente estas ideas. Estos temas no han logrado formar parte de los asuntos que realmente importan en el día a día, para la toma de decisiones y para la organización de nuestras sociedades. Porque las organizaciones políticas son la elite y porque estas ideas no han calado el sentido común de la población. En tal sentido la cuestión de un cambio no es tanto generar ideas nuevas como estrategias que funcionen.

En cierto sentido creo que este quiebre que antes mencionaba, me empuja a pensar sobre el problema de las estrategias para esa nueva organización social. Se trata de un proceso constituyente no sólo en el sentido de tener un nuevo texto constitucional, sino de constituir una nueva organización de la sociedad. Lo segundo, mucho más importante que lo primero, en mi opinión. Lo primero en realidad es medio para lo segundo, el instrumento jurídico para llevar a cabo la constitución que realmente importa, una nueva organización social. No hay que perder de vista esto, cuando hablamos de la constitución social y política del país hablamos y en sentido eminente de cómo una sociedad se organiza, ese es el más profundo proceso constituyente, hoy el texto jurídico obstaculiza esa otra constitución social. Creo que un primer elemento de tal estrategia es que no puede esperar a los foros

mundiales, sino que requiere ser impulsada desde las regiones, en nuestro caso desde Chile y su proceso.

En tal sentido conviene mirar lo que nos rodea, en Chile hemos vivido hace poco el mayor acontecimiento político en décadas. El octubre chileno, la revuelta por una vida digna me parece que es una revuelta contra el modelo, no sólo contra el específico neoliberalismo chileno —quizás en primer lugar sí—, sino también contra formas de dominación más generales, coloniales, sexuales, de clase. Por otra parte este octubre no se ha cerrado aún ni en sus acciones ni en su significado, es un largo octubre que queda aún abierto y aún por verse qué sucederá ¿abrirá las ventanas para una transformación social y política? en un sentido ya lo ha hecho, como política popular. Queda por verse si lo hará en otras escalas y a nivel institucional. Todavía queda abierto y una recomposición autoritaria a nivel institucional o una cooptación de la elite del proceso constitucional es aún posible. Pero pase lo que pase hay un modelo no sólo de acción, sino de construcción de sentido y transformación. Por otra parte, si miramos en términos de organización lo más impórtate de los últimos años en nuestro país son los feminismos, organización tanto de la acción como del sentido común, y transformación del mismo. Es lo más transformador también en décadas desde el punto de vista de movilizar construcción de significados interrelacionados, no siempre comunes, a veces en tensión, pero han modificado completamente las condiciones, no creo que esto pueda ser reducido sólo a disputa cultural o interrupción ideológica que también lo es. ¿Cuáles son las formas, los elementos clave, que pueden darnos luces para una estrategia democrática de transformación? Creo que en la revuelta y en los feminismos hay elementos que mirar y hacer comunes.

En cuanto a las estrategias, creo que la búsqueda de estrategias democráticas hoy no significa estrategias con todos, creo que hay un sector de la sociedad chilena que no puede ser asumido en una estrategia democrática, pues no entra en el modelo democrático, sino sólo para instrumentalizarlo y defender su posición a costa de los demás: racistas, pinochetistas, sexistas, clasistas. En democracia todos podemos defender nuestra posición de ideas y es legítimo tener posiciones de ideas diferentes e incluso intereses diferentes. Pero

cuando sólo puedo hacer prevalecer mi posición no de ideas, sino de privilegio y dominio, a costa de la posición de los demás. Entonces estoy fuera del juego democrático, es el caso de Hoffmann o Van Rysselberghe, que en la situación actual atacan el ingreso mínimo de emergencia, en la situación actual donde la supervivencia de la población está amenazada por motivos sociosanitarios, tanto económicos como de salud. Esa es la línea de demarcación de la inclusión democrática, cuando quiero defender mi posición a costa de los demás, en este caso de manera límite a costa de la vida de los demás.

Hace poco una película surcoreana realizaba una analogía del capitalismo bajo el título de *Parasite*. El modelo contrario, biológicamente hablando, a un modelo parasitario es el simbiótico, organismos que conviven y se benefician mutuamente, comúnmente refiere a especies diferentes. Es importante construir una sociedad simbiótica; pero ¿cómo hacerlo con el peso de la injusticia cotidiana en la espalda?, ¿con la masacre construida a partir de indolencia, arrogancia e incompetencia?, ¿qué otra cosa explica la devastación en Chile? He escuchado incluso que la enorme duración del confinamiento y el estiramiento de la crisis sanitaria, —que nos tendrá muy probablemente hasta la primavera y quizás más— le convenía al gobierno de Piñera. No creo, no le conviene a nadie ni al gobierno tampoco, al contrario, además sería darle demasiado crédito. Lo largo de la pandemia en nuestro país puede explicarse de muchas maneras, he escuchado hablar a expertos sanitarios de diversas variables todas atendibles, el invierno desde luego. Ahora bien este es un problema sociosanitario, ni la estructura de ingresos, ni las leyes laborales permitían que las personas hicieran un confinamiento, ni el sistema sanitario puede responder estructuralmente a un problema de salud pública, porque la estructura de los últimos 40 años ha sido construida bajo la premisa de que la salud no es una cuestión pública sino privada, individual, un bien transable, una mercancía. Se podrían haber tomado mejores medidas sin duda, el ingreso de emergencia debió ser puesto en funcionamiento en marzo, pero la composición estructural de nuestro sistema no puede administrar problemas de conjunto, su racionalidad es cortomercadista vende, compra, transacciones individuales, planes individuales, pospone la realidad para correr tras su deseo de un mercado perfecto. Recordemos que hace unos meses nada más que el Ministro de Desarrollo Social, aquél que

por su investidura tiene la obligación de conocer con más profundidad la sociedad chilena y la vida de las chilenas y chilenos, ese Ministro planteaba que en Chile todos tenían una casa, dos departamentos y hasta una casita en la playa. No es sólo problema del gobierno de Piñera, es ya sistémico en nuestro país: esta democracia de las élites ha plagado de ineptos las instituciones, y ha construido instituciones incapaces de ver el conjunto social, en su anhelo de construir el mercado perfecto en cada esquina. El gobierno de Piñera ha añadido además la arrogancia patronal de quien quiere darle lecciones al mundo. Pero no es sólo tema del último gobierno. Si hay que construir una sociedad simbiótica y no parasitaria, y no nos queda mucha opción, es necesario construir un *ethos* diferente también, ¿pero cómo hacerlo después de este invierno? A mí me resulta difícil pensarlo, sin recurrir a la perorata moral, o a los esquemas puramente formales, que no saben nada de cargar con dolores o que suponen que como punto de inicio no hay un quiebre. Hay un quiebre, es el punto de inicio, las instituciones funcionan incorporando la injusticia como variable legítima y no cuestionada, y no podemos contar con todos en un apuesta democrática, hay gente que está en otra. De todos modos creo que hay que insistir en la cuestión de las estrategias.

Adán Salinas Araya

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

Editor HYBRIS